

¿Es posible la comunicación de las existencias a través del tiempo y la distancia? Nadie lo dudaría. Pero tampoco respondería a este interrogante, sin antes haberlo vivenciado en carne propia. Este breve relato *refleja* vivencias que demoraron siglos en querer relatarse. Animosidad me conduce. Espero haber alcanzado el respeto mínimo para expresarlo.

*El eremita*

*Francisco Javier de Amore Hortu*



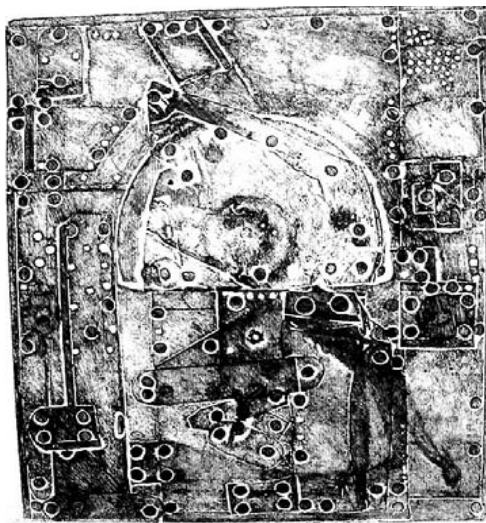
*Francisco Javier  
de Amore Hortu*

*El eremita*

# El *eremita*

*Francisco Javier*  
de Amore Hortu





*προ λογος*

*a nuestro hijo Rodrigo*

*a su madre*

*a sus hermanos*

*a sus abuelos  
de cuyos genes desciende*

*al amor matrimonial*

*al seno y fuego del hogar*

*a mi amada Julieta,  
la piedra preciosa,  
de cuyo amor y capital de gracias,  
aflora mi felicidad  
y esa creatividad  
que fluye en todas mis obras  
sosteniendo toda memoria;  
mis ladrillos, incluidos.*

*Hecho el depósito ley 11.723*

La soledad en Buenos Aires para el año 2000 cifra: 25%. París la dobla. Y Nueva York casi la triplica con su 72%. Comienza a descubrirse un tema cuyos destinos muchos intentarán dilucidar en términos psicológicos, culturales y sociales.

Tomaré del inicio del libro de Gurutzi Arregi sobre las ermitas de Bizkaia, la primera anotación que ésta destaca del naturalista irlandés W. Bowles, quien a mediados del siglo XVIII en Bizkaia señalaba: "*Llaman los vizcainos Repúblicas a las distintas jurisdicciones de su provincia las cuales, a excepción de una ciudad y pocas Villas, se componen de barriadas dispersas y casas solitarias que se han situado según la comodidad del terreno y de las aguas...*"

Recuerdo de mi tío Pedro, haberme comentado hace no menos de cuarenta años: *que cada vasco era una república*. Pedro era, a pesar de todo, el más simpático y sociable de los hermanos. Imaginen Uds. lo que opinarían los otros si hubieran sido un poco más opinadores.

Tuve oportunidad el año pasado de volver a visitar el país vasco después de cuarenta años, y descubrí

un pueblo formidable: austero, pleno de carácter, guardián de sus costumbres, y entre éstas, el renovado amor por sus caseríos.

En los últimos años se habían dado de lleno a sus aprecio y restauraciones. Y con ello volvían a celebrar antiguas costumbres como éstas que Bowles señala al describir la comarca con casas dispersas, cuando no solitarias.

Me había tocado en suerte caer en difícil gracia. Habiendo perdido mi hogar, pasé por un manicomio y terminé recalando en una parcela rural, por entonces relativamente aislada de los servicios y beneficios urbanos; pero en paz.

La simple naturaleza se ocupó de poner en orden mis perdidas armonías. Que si hubiese de recuperarlas ya con los años se verá hasta dónde cabe así afirmarlo.

Mientras tanto, aquel viaje a Bizkaia, no sólo me redobló carácter, sino también identidad. Y de ello van éstas y otras tantas páginas, que no he parado con buen ánimo de entregar gracias a mis abuelos y a este ordenador que me facilita toda labor.

Fueron tan sólo 20 días en una posada rural vecina a tres caseríos

ancestrales en Oba, Artaun y Santa Lucía, para comenzar a escribir sobre la locura en el alma y sobre este viaje tan entrañable como provechoso.

Y ahora, este deseo de meterme de narices en el alma de las ermitas; desde vivencias que por haberme sorprendido desde tan lejos quiero imaginarlas trasladables al relato experiencial. De hecho fuí transportado aquí~desde allí, por ellas; mucho antes de verlas con mis propios ojos, allí en Bizkaia reflejadas.

Si la identidad de los transportes del espíritu en el alma, aun viniendo de tan lejos, fueran ubicables en un rincón concreto del planeta, cómo no habría de superar la dificultad que fuera para comentarlas. Más aun cuando refieren no sólo de mi más honda identidad, sino que adicionalmente hablan con creces de una inmensa soledad.

Soledad y trabajo más que poético, que compartí con alguien concreto de mis océanos familiares, anterior, al menos en 500 años.

Vivencias que permiten sentirme afortunado para hoy celebrar como pueda estos relatos.

Antes de ir al grano quiero ir un

poco al granero, donde simpatías y amables disposiciones de ánimo me atendieron como para siempre recordarlos: el Instituto Labayru.

Y aquí, Gurutzi Arregi la primera que se acercó a saludarme haciendo gala de tanta cordial sencillez. que habría de desasnarme varios días después de su valía. Gurutzi tal vez pueda un día perdonarme la mención y refiera partes de su trabajo doctoral sin tener ni la más remota aproximación a sus esfuerzos formativos.

Consintiendo a Heráclito en eso de que la presunción pudiera ser una enfermedad sagrada, trataré de ubicarme lo más concretamente que pueda en este tema de las enfermedades sagradas, que en soledad, váya si caben. Y así tal vez pueda al final completar la parábola que me acerque a las fortísimas referencias con que inicié este relato.

La soledad, o la edad del sol, es millonaria en vidas; que como el sol conocieron tempestades.

Y por algún motivo particular, a este pueblo vasco ya de antiguo lo descubren *república* en su soledad.

Mis pensamientos me llevan a recordar aquel número 290 de la Science Magazine, que tan sólo un año atrás refería de un pueblo en

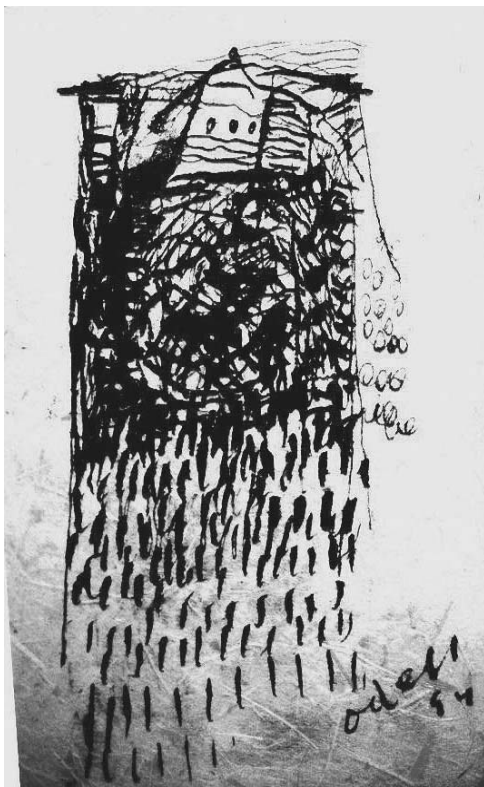
cuyos genes había quedado para siempre grabado el profundo aislamiento que durante decenios de milenios sostuviera. En medio de glaciación tan abismadora, que no habría de volver a ver otras gentes hasta 32.000 años después.

32.000 años de soledad no entrarían en la cabeza de ningún García Marquez. No podrían ser imaginados por criatura alguna.

Pero sí vivenciados con total desconocimiento por un vasco bruto como el que habla, en infinitesimal medida. Suficiente como para parecer solitaria república.



*Solado del “establo”, en Del Viso.*



Aprovecho los juiciosos criterios de Gurutzi Arregi respecto de las ermitas, para por contraste destacar los míos, que no son tan juiciosos.

Tampoco quisieran aparecer desprejuiciados, sino harto vivenciados; y con natural vehemencia expresados, frente a sorpresa tan inesperada, que me hubo identificado. Pues no fui yo quien identiqué.

Sino él, el eremita de mi sangre, gestando mi trabajo diez años atrás; hincando sus rodillas en las mías, en este suelo bonaerense a docemil kilómetros de distancia de su ermita.

Por eso, cuando Gurutzi señala que los actos de oración han sido precisamente los que han dotado de alma a nuestras ermitas (*pag. 17*), quiero añadir que el trabajo afectivo es forma particularísima de ruego por la identidad perdida.

Y que el afirmarse del eremita en ermita, es acto fundacional de un milenar guardián que comparte pena y consuela, desde el enorme capital de gracias atesorado en sus heredades.

Hoy puedo sentirme parte sorprendida de su heredad.

Aquel *polis*, vigía primigenio que luego sería oculto sostén de pueblo, es númen, fenómeno arquetípico

perdido en el confín de los más abismales esfuerzos.

Escondido en el silencio de las piedras y los tiempos.

Ocultándose en los milagros de reunión humana que prodiga.

Paradojal condición la del vigía de los pueblos, de sus frabras, hermandades o cofradías. Que no apuntan a sostener comportamientos religiosos tanto como a religar comportamientos familiares y por cierto sociales, como los que a este pueblo vasco por los siglos de los siglos, sus ermitas en la comunión de los santos sin cesar prodigaron.

Comunión que bien anterior es al cristianismo.

Antiquísimos santuarios de madonas negras, tal vez de tantos siglos de cirios peregrinos, encendidos en interminable camino hacia el hogar perdido, se dan en la distante Rusia; habiendo ya la arqueología reconocido antiguos yacimientos celtas en estos mismos sitios, superponiendo el vigía primigenio, su mismo llamado asistido en distintos cultos sucesivos. Vigía intermediario de ascensos a arquetipos. Vigía de terruños.

Esa hermosa relación de antigüedades superpuestas, de tumbas, de culturas, de estelas, de sacralidad y

eterna dulzura, abrevia de toda urgencia a este vigía hombrecito por trascender más allá de la cumbrécita de su pena; y que morando en abismos, solo, en desolada compasión, se identifica y ayuda, en servicios y trabajos, a resucitar y descender.

Instalándose como parte del vientre de nuestro silencioso Padre, que por ello nos hace criaturas nuevas; tan sobrenatural en nuestras propias tripas, como fiel asistente natural en nuestro diario trabajo.

Pleno de defectos, aquellos que lo llevaron en soledad, alcanza consuelo a nuestras tristezas, entrando más allá de nuestras almas, en el cimiento de ese cuerpo oscuro que llamamos desde tiempos muy remotos: *E-go*.

Redoblando carácter y espontaneidad; confianza y familiar generosidad.

Fortaleciendo los vínculos perdidos con ánimos indiscutidos, al ser puestos cada día en trabajos que se facilitan y enriquecen, al inscribirse en la naturaleza con sus armonías. La misma que lo hospedó a él, un lejanísimo solitario día.

Tan solo de soledad, que nadie atisbaría a imaginar siquiera que pudiera ser fuente hoy de gracias socia-

bilizadoras, que de tal soledad querer vendría.

Oculto en su *des-gracia*, todo un conjunto de dispersos caseríos y descendencias familiares, por siglos y por su atenta intermediación, en comunión de santos se conjugarían. Llamado que por ser tan íntimo, nunca ha sido traducido sino en trabajo afectivo perseverante, al cuidado perdurable de la vida familiar.

De esos yacimientos de dulzura humana que llamamos sacros, contruídos en descomunal soledad, perviven en cada terruño sus guías; dando silencioso cimiento en alma abierta para hacernos sensibles y en trabajo afectivo festejar.

Cómo no habrían de ser sagrados estos humilladeros. Cómo no habrían de ser asiento de consagraciones y religazón humana. Cómo no habrían de ser duraderos.

¿Quién puede estimar la medida de perdurabilidad de estos capitales de gracias? Si no es advirtiendo su vitalidad en la relación más calificada de nuestras familias y sociedades.

¡Cuántas veces a lo largo de los siglos se ha manifestado en la criatura humana más pobre y sufrida, tan en ella oculto lo divino!



*Solado del eremita de Bikarregi*



*En Bizkaia la mayoría de las ermitas están ubicadas en espacios habitados o integradas en vecindades. Este hecho tan característico-y tan alejado de la significación común de la palabra ermita-no podía ser dejado de lado; por ello a lo largo de los capítulos centrales se estudia la función que han tenido las ermitas en la configuración y en la vida de las vecindades rurales (pág.17).*

*"orain dana aldatu da"  
Ahora todo está cambiado  
(pág.21)*

También nuestros léxicos reconocen estos cambios. Reiterar que la más propia palabra *polis* significaba en tiempos de Homero, *vigía*. Y tan solo un par de siglos después ya refería del agrupamiento humano en cortesía, que el olvidado y ya desconocido *vigía* desde su capital de gracias en "comunión de santos" habría contribuido a gestar. Pudiera al menos abrir una sospecha, una cosmovisión más honda que la que trasciende hoy como convocante familiar, social y religiosa; que pudiera estar gestándose en la inmensa cantidad de vidas que crecientemente acceden a vivir en soledad.

La soledad rural está acreditada. Pero la urbana pudiera comenzar recién a sorprendernos.

O tal vez nunca nos sorprenda. Pues pudiera ser tan contenida por la similar condición de tantas vidas amontonadas en soledad, que nunca resultarían soledades plenas.

Tampoco me resultan plenas de soledad aquellas que en vida resuelven su infortunio y comienzan a dar frutos de servicio familiar o comunitario. Por cierto que todos los santos, conocidos o desconocidos, pasaron este tipo de soledad.

Al hablar del eremita quiero imaginar a una criatura humana, tan sola de soledad, que nunca llegará a ser identificada, sino por una pequeña hebra material de su destino, ésta que llamamos "ermita".

Y a pesar de las valiosas y juiciosas consideraciones de Gurutzi, no puedo evitar abrir algo más que la sospecha fueran las ermitas en mucho anterior a los caseríos.

A ningún eremita se le ocurriría, ni ayer, ni hoy, ni mañana, abrir su paupérrimo espacio habitación en cercanía inmediata a población alguna.

La condición que inaugura la suerte de estas vidas es tan en extremo lamentable que sólo la locura iguala.

Un día han dejado de vagar y peregrinar y han recalado en un lugar concreto del planeta. Ya ésto es prometedor de alguna clase de compenenda.

Me resulta imposible pasarme por alto las vivencias comunes y elementales que caben a toda criatura despedida de su entorno familiar y social, aterrizando un día en alejado entorno natural. Que bien puede ser en cerrado monte vegetal. O pelado puerto de montaña. O rocosa costa de mar.

Difícilmente lo imagino en cálido valle. Pues allí ya estaría amenazada su privacidad. Privacidad que demorará décadas en armonizar antes de dar pasos y frutos en comunidad.

Por tanto, me resulta imposible imaginar a etnólogo alguno metiendo narices en tal extrema inutilidad humana. Que si la tiene, ya aparecerá oportunamente calificada para su consideración.

Nadie se acerca a estas vidas si ellos no aceptan de alguna forma integrarse. Y está claro que cinco, diez siglos atrás, no había asistentes sociales, para siquiera enumerarlos.

Por otra parte, en ellos hay algo que cualquiera, incluso ellos mismos, calificaría de demoníaco.

Eso de vivir como los Padres del desierto facilita según su propia opinión, estas dudas en su alma.

Por ésto vuelvo a repetir: un eremita no se establece en cercanía comunitaria.

Por algún misterio, un día la comunidad comienza con suma lentitud a acercarse a él. O a lo que quedó de él: su porciúncula; su humilladero.

Como ésto no constituye, a pesar de su misterio, un fenómeno que pudiera pasar por completo desapercibido, y cuando es percibido no pocas veces sorprende; dable es imaginar pudiera un día lejanísimo conformar situación arquetípica, que como todo arquetipo cuando "toca" en alma, conmueve conllevando en adición tremendos descalabros.

Ésto le puede acontecer al hijo de un señor feudal; al monje de clausura en comunidad; al simple padre de familia en desgracia, que por miles los hay; y hasta al pobre hijo de los simios, Tarzán.

Ninguna de estas vidas, en tanto alejadas de comunidad, podría interesar a etnología alguna.

Su escisión es tal que no interesan sino a ellos mismos. Si hubieran en futuro conexiones entre ellos, tal vez, alguna economía vivencial asistirían.

Pero aun así, lo dudo. Porque son vidas que están llamadas a conocer soledad plena. Y en ella vivenciar cohabitación de espíritu, pleno en alma y "cuerpo". Esquizofrenia plena. Pero tan un día armonizada, que al menos la aterradora palabreja quedaría a un lado.

Estas armonizaciones no conllevan observadores. En general, sus víctimas hoy conocen internaciones en establecimientos comunitarios.



Y no es allí donde se armonizan las vidas de las que hoy hablo. Pues aquellos primigenios vigías, no conocían otras guías que las que pudieran florecer entrañables en su soledad. Soledad cabal. Que no acababa con ellos, porque estaban entre otras cosas, inmersos en el seno de la madre naturaleza: el mejor contenedor para hospedar descalabros infinitos.

Y de una intimidad que por años no habría de comunicarse a criatura alguna, aunque algunos conocieran la fuente de sus des-gracias.

Por ello, mi enfoque no es etnológico. Aunque la suerte de muchas etnias se habrá alimentado en parte bien velada de sus des-gracias.

Si así hubiera sido la soledad del eremita, y hoy alrededor de su pequeña porción de piedras aparece conformada una pequeña o vasta comunidad humana, no cabrán formas de escapar a una valoración de la soledad y las des-gracias, dando frutos a partir de tan triste, enorme e incomparable privacidad.

Los frutos están a la vista. Y son éstos que señala Gurutzi repetidos en toda Bizkaia, por siglos renovándose sutiles.

No propongo con ésto alentar la

soledad. La soledad se propone por conflictos entre el espíritu y el cimiento oscuro principio del alma que llamamos E-go. El primero que balbucea el *go-go* primigenio.

En este punto todavía no recaló ni tan siquiera la fenomenología.

También ésta reclama comparaciones. Que en tan extrañas como entrañables soledades, no resulta fácil considerar.

Los eremitas no están dispuestos a que se los estudie. Resultan lo más abyecto y así no cabe imaginarlos en sociedad alguna, otra que no sea fermento paradójal de tan extremo sacrificio.

Desde el primer momento que conocí a Gurutzi y su obra, y luego a Ander Manterola, el director del Instituto, quise expresar estos sentimientos de aprecio a estos extremos sacrificios, que difícilmente pueden ser calificados de humanos. Algo que excede lo humano los sostiene, los trasciende y luego desciende.

¿Por qué diablos querría hablar ésto con ellos?; no habría de enterarme sino hasta después de pasados unos cuantos días. Aun así, no pude por entonces hacerlo.

Gurutzi, en amor de mujer no está llamada a enroscarse con estas miradas abismales; pero Ander, como hombre, pudiera tener un día en cimientos de amor propio, abierta consideración hacia tales desgarradoras dispatías.

En el Lejano Oriente la cruz simbolizaba perfección. Al pie de cada cruz humana se advertía una mujer; aunque siempre hombres los clavados en ella.

Hombres los eremitas, aunque siglos más tarde hubieran sororas que se ocuparan del paupérrimo eremitorio ya sacralizado.

Las vivencias del eremita, si no descienden con la dulzura del mejor hospedaje, propia de los grandes sacrificios, no alcanza sacralidad alguna. Entre lo sacro y le sucre, está el morfema sac de la dulzura.

*Sacer-tutor, tutor de la dulzura.*

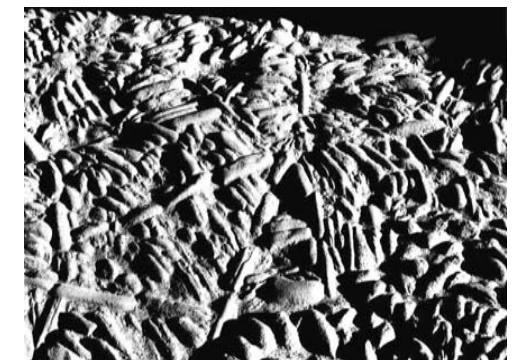
*Sac-erdocio* humano y *sac-rificio* humano van de la mano en camino al gran azucarero, al que con los años de alguna forma, por cierto relativa, todos accedemos.

Estos fenómenos, misterios incluidos de armonización, no se dan en encierros comunitarios de lujo, ni con medicinas; ni se pueden evitar sin transformar por tiempo indeter-

minado el alma en híbrido. El eremita es imagen de penoso espanto; pero no híbrida.

Es molienda extrema de semilla llamada a sostener y perdurar identidad de los que durante siglos se reúnen, por cierto sin saberlo, en cercanía. Una cercanía que excede el marco de cualquier conciencia. Pues la sangre como el amor transitan por las más profundas vías. A veces tan lejanas como las que movió mi trabajo, sostuvo mi tristeza y descubrió un día mi alegría.

Si algo no ha cambiado de sangre, vocación y devoción, es mi eremita



*Relatos eremíticos en oculto solado*



*Textos del libro Origen y significación de las ermitas de Bizkaia, de Gurutzi Arregi Azpeitia.*

*La ermita ha sido lugar de reunión de las casas que configuran su vecindad.*

*Esta reunión respondía, en ocasiones, a la existencia de una institución consuetudinaria que atendía los asuntos concernientes a una colectividad de pequeñas dimensiones cual era la vecindad, auzoa.*

*Esta institución era denominada Cofradía y ofrecía en su estructura y en su funcionamiento un paralelismo con la entidad civil que adquirió rango público con el paso del tiempo y vino a denominarse Anteiglesia.*

*La Cofradía aparece como una federación de casas primigenias, con su sistema de elección de cargos, con capacidad de emitir decretos y de organizar las tareas comunitarias.*

*En su desarrollo histórico ha estado vinculada a la ermita sobre la que ejerce, a su vez, un verdadero patronazgo.*

*Ya en los años treinta, Don José Miguel de Barandiarán llamó la atención sobre el hecho de que en un buen número de ermitas e iglesias del País Vasco se detectan restos arqueológicos pertenecientes a época romana (pág.35).*

*Una de ellas, San Esteban de Gerekiz en Morga, contiene una lápida del siglo IV con la siguiente inscripción: Terencio colocó en recuerdo de Sempronia su mujer (pág.36)*

*Los hallazgos de vestigios romanos han permitido conjeturar diversas hipótesis sobre el origen y la época de los primitivos asentamientos cristianos. Esta cuestión no está hasta el presente suficientemente dilucidada.*

*Aduciré el ponderado criterio de Don José Miguel de Barandiarán: "No conocemos bien el proceso de cristianización del pueblo vasco. Lo que sabemos es que numerosas iglesias y ermitas de nuestro país, fueron erigidas en los mismos sitios en que, hasta fines del siglo IV, hubo templos y cementerios paganos" (pág. 39).*

*"Las ermitas pueden ser de creación popular. Ya dicen en Bizkaia que fueron edificadas para desterrar a las lamias-a las antiguas*

*divinidades que se trataba de suplantar.*

*La creencia general es que las ermitas han sido erigidas para alejar a las lamias, o sea a los malos espíritus, a las antiguas divinidades" (pág.40).*

*Estimo que tiene una significación innegable el hecho que en numerosas ocasiones ambos elementos, ermita y estelas funerarias, aparezcan conjuntamente indicándonos que en estas ermitas tenían lugar enterramientos cristianos (pág.51)*

*Vecina inmediata al caserío de mi familia Eitzaga en Igorre, Santa Lucía y San Cristóbal de Elgezua, con algunos elementos constructivos, tal su puerta románica tardía de mediados del siglo XIII, podemos comprobar según versión que corresponde a Iturriza: que en las heredades de la cercanía existen muchas sepulturas y sepulcros de piedra con sus lápidas, siendo tradicional que hasta de la provincia de Álava solían traer a este sitio a enterrar a los muertos (pág.113).*

*Algunas leyendas populares hacen referencia a tesoros enterrados cerca de las ermitas. Menciona Barandiarán respecto de la ermita*

*de Kristoandako de Mendiola en Abadiano:"decían que en la cueva de la ermita estaba escondido oro envuelto en una piel de buey, y que fue la gente al lugar para encontrarlo. Una mujer encontró una gran llave y pensaron que allí habría oro. Pero no encontraron nada".*

*El mismo autor ha escrito abundantemente sobre relatos de tesoros escondidos junto a dólmenes. Siguen variados relatos al respecto en pág. 139.*

*Algunas tradiciones orales contienen relatos maravillosos que explican por qué algunas ermitas o santuarios se edificaron en un lugar concreto y no en otro. Siguen relatos en pág.140.*

*Apariciones milagrosas*

*"La Virgen se apareció sobre esta roca a una pastorcita de la torre de Gorditz cuando iba en busca de las ovejas. La Virgen le dijo a la joven: ¿A dónde vas niña? Voy a recoger mi rebaño, contestó ella.*

*Quédate aquí unos momentos conmigo, pues tus ovejas ya vendrán a donde estás.*

*Mientras la Virgen peinaba a la jovencita, las ovejas se reunieron en torno a ella" (pág. 144).*

*Ritos de pasaje; relaciones de cortesía; trabajos a trueque; trabajos de caridad; prestaciones solidarias; son descritas alrededor de las ermitas en págs. 156 a 160.*

*Toques de campana: amén de aquellas que indicaban inicio y final de jornada, refiere de aquella "arimen kampaia" que al anoche- cer tañiendo la campana de ánimas en toque pausado, evocaba el recuerdo de los antepasados y la unión con ellos mediante la oración (pág.165).*

*Don José Miguel de Barandiarán me hizo notar que las inscripciones latinas que estampaban los fabricantes en las campanas venían a ser verdaderas fórmulas de conjuro. A la leyenda iba unida una figura de dragón que representaba al mal espíritu contra el cual se dirigía la imprecación (Pág.304). De la misma página: cuando no había sacerdote y la amenaza era inminente eran el sacristán o el ermitaño quienes conjuraban la tormenta.*

*Dolores de cabeza. Enajenación mental. Las prácticas rituales son en todo caso muy sencillas y consisten en introducir la cabeza en un hueco del recinto o bajo la cam-*

*pana del santuario haciéndola sonar (Pág.344).*

Santa Águeda, habiendo sido degollada, se ocupaba de estos males. Y es justamente en Santa Águeda de Bikarregi donde hube de llevarme posteriormente las mayores sorpresas. Yo también un día ya lejano había perdido mi cabeza. A esta cofradía de Bikarregi pertenecían ya en el 1650 mis ancestros Eitzaga (Santa Lucía) y Amorrortu (Oba), quienes por más de cien años conformaron en Arratiagoien, Artaun, el fogar Eitzagamorrortu.

En todos estos textos de Gurutzi y Barandiarán es dable advertir un asiento común de aspectos de la identidad, que tanto la organizan como pudieran descubrirla otras veces nimbada. Pero aun así, ya integrada, común a ellos. Aun conservando huellas de profundas superposiciones de culturas, tradiciones y tumbas. Que en los misterios de los terruños y las hebras del afecto, todo al parecer se une.

Mis textos que siguen, guardan extraños, para mí, entrañables correlatos a estos de Gurutzi y Barandiarán.



*"La Catedral"*

*Redoblamientos de la identidad que caben de un relato que comienza cuando todo se hubo ya perdido.*

Me ha tocado en suerte vivenciar estos procesos, en este mi lugar que fuera un día bastante apartado de las áreas urbanas. Después de 20 años, la ciudad ha venido borrando huellas que de un pasado ya poco los entornos recordaban.

No son los espacios rurales americanos, a excepción de las áreas de las grandes culturas, aquellos que por contraste festejan cálidas memorias en Europa. Sin embargo las pocas suertes que me han tocado descubrir en estas tierras, están ligadas a tradiciones tan europeas, que sorprenden mucho más de lo que pudieran expresar relatos.

Un día por error, traspuse la puerta de un local que resultó Archivo Histórico de Geodesia.

Allí habían acumulado los antiguos pilotos y agrimensores, referencias de tradiciones familiares, de los que durante 336 años habitaron estas hoy mis tierras.

Tratábase de dos antiguas familias portuguesas que desde la primera década del siglo XVII abrazaron su

propiedad. Su verdadera posesión fue recién alcanzada, cuando uno de sus herederos políticos, un vasco de Tudela, Navarra, de apellido Riglos, las dona en 1712 a la segunda de estas familias, cuya cabeza visible Manuel de la Cruz ya las habitaba desde 1695. Su heredad las conserva hasta 1936. Huellas de construcciones ya en mis tiempos no quedaban.

La llanura pampeana carece de piedras y el adobe de sus construcciones rurales nunca fue valorado.

Pero la naturaleza había, merced al trabajo del hombre y a sus arquetipos en el alma, recogido huellas que hoy centenarias son celebradas como formidables templos naturales.

Que ya los celtas quisieran después de dos o tres milenios verse reflejados en sus amores así.



Miles de años y miles de kilómetros de distancias que no impidieron a las fuentes de nuestras identidades venir a celebrarse, hoy y aquí.

En una oportunidad vino a este lugar una mujer mayor de origen siciliano, esposa de un conocido pintor argentino que al descubrir uno de estos lugares, se echó a tierra, espontánea, cuan larga era; y tras permanecer unos minutos en silencio dijo sin prestar demasiada atención a los que circunstancialmente la rodeábamos: *"esto sí merecía estar en el Palazzo Grassi"*; recordando aquel atrio de utilería que habían desarrollado en la entrada del local veneciano en oportunidad, hace unos diez años, de inaugurarlos con la inolvidable muestra de arte celta.

En otra oportunidad, estando yo ausente, vino un ingeniero nuclear de mediana edad que había sufrido un coma 4 durante 36 horas y las vivencias de ese descalabro le habían movido a interesarse por la energía metafísica. Le acompañaba un amigo mío, también ingeniero que conocía la afición del anterior por estas cosas raras. Con ellos, su pequeño hijo presenció lo que allí aconteció.

Apenas ingresado en este mismo

lugar anterior donde aquella mujer se había echado por tierra, el ingeniero nuclear en cuestión sacó a relucir un péndulo, que no bien expuesto se dió a volar con tal energía que amenazaba pegar en su brazo. El hombre alelado exclamó: ¡aquí ha bajado Jesús! Y luego se dió a extrapolar, desde váya uno a saber qué criterios, la estimación de que tal energía pudiera estar irradiándose a 250.000 Km<sup>2</sup>. Un área de 500 km. por lado.

Una semana más tarde me entero por aquel pequeño, que allí había bajado Jesús.

Sin entender de qué me hablaba, le pregunto a su padre de qué estaba su hijo hablando. Y éste me confiesa haber quedado tan alelado, que no pudo hacerme comentario alguno. Necesitaba primero digerir lo que sus ojos habían visto.

Años antes, en ese mismo lugar, una persona mayor, muy normal, madre de tres hijos, psiquiatra de profesión y amiga de una persona de mi confianza, me había solicitado si podría ella tomar en él una pequeña siesta. -Por cierto que sí, le respondí.

Cuál fue mi sorpresa, cuando a poco la veo marchando del lugar y al preguntarle qué le había pasado,

me dice: *"no te imaginas la cantidad de gente que está trabajando aquí abajo"*.

Menuda respuesta para venir de labios de una psiquiatra.

En otra oportunidad una amiga muy querida, también persona muy normal, viuda, madre de cinco hijos y 12 nietos; y luego de criados sus hijos pintora de profesión; toma ésta una porción del suelo de este lugar, incluyendo la pinocha de las casuarinas que cubren el área y con esta materia vegetal y sedimentaria se da a conformar un soporte cual si fuera papel en extremo rudimentario, amasando y aglutinando esta materia como no viene al caso narrar. Luego, una noche desvelada, se da a pintar unas manchas de ténpera por completo abstractas. Y en el borde inferior le inscribe las palabras: *"el bosque"*.

Unos meses después exhibe junto a otras cuarenta esta obra en una galería muy antigua de la ciudad.

Un mediodía, estando ella presente, un señor que resultó presidente del directorio del Deutsche Bank, le comenta: *"Señora, aquí hay una obra que está viva"*.

Por supuesto mi amiga indagó cuál era. Y el hombre le señaló ésta que he descrito.

Otro día por la tarde, una señora le observa respecto de esta obra: "*Señora, esto no es un bosque*" *Yo estoy viendo un círculo de árboles; alrededor veo niños jugando; y en su centro veo una luz maravillosa*". Mi amiga no podía con su sorpresa, pues de eso mismo trataba su abstracción.

De antiguos vecinos recogí noticia, que ya en 1915 a este lugar lo llamaban: "*la Catedral*".

He vivido aquí 21 años y hube en dos oportunidades de soñar lo mismo: que había en este lugar un tesoro enterrado. No me dió por cavar porque nunca imaginé ese tesoro como metálico y en cambio, siempre una misma intuición, me hacía sentir que ese tesoro tenía que ver con los afectos de la vida familiar, que en este lugar habían probado ser en extremo perdurables. La familia de la Cruz había permanecido aquí 241 años.

Esto, en América, es incomparable.

Mis impresiones de todos estos fenómenos relatados, es que brotan de la identidad de estas vidas; de sus capitales de gracia, acumulados por siglos en este lugar.

He recogido en el Archivo General

de la Nación los testimonios de sus testamentos y sucesiones y sólo advierto relación de vidas en extremo sencillas. Nada que temer si fueran ellos los espíritus que cuidan en forma tan asombrosa este lugar. Y sí por el contrario mucho por querer para estar a la altura de sus talones en afecto y en labores.

Nunca recurriría a exorcismo alguno para ventilar estos *Erscheinungs*, gremlins, lamias, o como quieran los mortales llamar, a lo que refiere de espíritus no incorporados al simple papel, al simple título de propiedad; pero sí al terruño.

Mucho he aprendido del valor de las heredades, las donaciones y los usos. Mucho de su afectividad perdurable, que dinero alguno podría por sí sólo adquirir. Me parece formidable que las cosas sean algo más que lo que dicen los mercados. La identidad bien poca cosa sería, si fuera sólo opinión de mercaderes.

Qué sentido tendría sostener integridad si la vida no tuviera comparable hondura.

Estos fenómenos son tan privados, que a nadie deberían preocupar sino a quien en su cercanía habita.

Nunca me han pedido cultos, cirios, ni concepciones de tal o cual ideolo-

gía, ni rarezas. De hecho, advierto que a través del trabajo afectivo, las cosas se simplifican bastante. Que si el trabajo es afectivo, el *ora et labora* es una y la misma cosa.

Tantas jornadas solo, y sin embargo, trabajando así, me puedo sentir bien acompañado.

No salgo a buscar que me pasen cosas raras; pero cuando me pasan, mi vientre, en integridad con facilidad las hospeda. O lo que es más o menos lo mismo: pudieran ellas estar hospedándome a mí.

La cosmovisión antropocéntrica no pierde, al contrario gana, si fuera un poco ancestrocéntrica.

El Padre eterno no se va a ofender si entre el Hombre y Él se intercalan ancestros, para descubrir en Dios su rostro familiar. Relación bastante simple y coherente.

Esto no es relativismo moral. Antes, podría ser el punto donde nuestros relativos y nuestros absolutos se tocan.

Ningún -ismo. A la identidad no le caben -ismos. A los parecidos y a las ideas por el contrario, sí.

Tener nombre y apellido no es parecerse, sino ser.

Que un día adviertas que tus abuelos pudieran estar más vivos que tu;

y más cerca de ti que la distancia que separa tu nariz de tu propio rostro, pudiera sorprenderte, pero no te hará ningún daño. Más que te lo aseguro, será puerta para el perdón de tus pecados. Advertirás que en tu mochila contaban también ellos. Quisieras estar solo, me dirás. Pues eso sí también te aseguro. Cuanto más solo estés, más rápido te enterarás cómo siguen estas historias. El propio sumo pontífice ha decidido hace un tiempo evitar exorcismos, para antes filtrar profundas consideraciones en marcos de control exclusivísimos.

Parece que hemos estado jugando a creernos ahuyentadores de espíritus, cuando es posible que cada uno tenga que aprender con sus comportamientos más sinceros a lidiar con ellos; y antes que lidiar, apuntar a armonizarse con ellos.

Imagino que estos anticipos facilitan lo que sigue.

Nunca he visto en este lugar nada del otro mundo, aunque sí confieso, en su cercanía.

Hacía unos siete años que habitaba este predio y un día de la tardía primavera a la hora de la siesta y mientras trabajaba en cercanía de este lugar, me sobreviene una aparición. Se trataba de una mujer que

por su apariencia llena de arrugas podría decir tenía no menos de 200 años. No era precisamente bella, pero sí, en extremo sería su actitud; y sus palabras fueron: *"les alquilo el campito, pero me lo mantienen muy limpio"*. Ésto fue todo lo que dijo antes de esfumarse. Estaba frente a ella, solo; y sin embargo me hablaba en plural.

Más allá de la sorpresa no fue la intención de este espíritu asustarme, pues de hecho sentí muy concreta su solicitud, al tiempo de advertir inmediatamente se trataba de alguien que sin la menor duda atesoraba este lugar y cuidaba en términos metafísicos de él. Lo cual, enterado así, no es poca cosa. Tener aliados que te vigilan, también te cuidan si eres espontáneo e íntegro. Desde entonces acepto que *adquirir* es mucho menos que haber querido; y que parafrasear a Pound sería oportuno: *"heredarás, heredarás, tan sólo aquello que hayas amado"*.

Cabiendo ésto para los que parten. No, para los que sobreviviendo, la tierra y demás bienes heredan.

Había perdido la razón. Había perdido mi matrimonio. Había con los estigmas de la locura perdido la

confianza de mis padres, hermanos, amigos; y hasta mis hijos me habían tomado asco. *"Delirio místico"*, fue de los médicos diagnóstico. No iría con mística a enredarse un psiquiatra.

Había contra la opinión de mis psiquiatras, abandonado la ciudad y refugiado con migajas en esta parcela rural. Mi mujer se había ocupado me embargaran todos mis bienes y promovido un juicio adicional de insania para desheredarme por completo.

Mi padre desestimaba ayudarme pues estaba convencido de mi locura y de las furias de mi mujer dispuestas a quitarlo todo. Que ni hijos quedarían.

No podía decir que me iba a tomar un año sabático. Así es que sólo me cupo conocer la vida y vivencias de un eremita aggiornato.

Mejor abreviar; que si fueran aclaraciones o extensiones de estos descabros necesarias, ya se manifestarán oportunas.

Pero no me puedo ahorrar de señalar, que en estas condiciones uno acaba pulverizado; como grano de harina. Que después de un tiempo ya tiene todos los visos de ser un piojo resuscitado.

Por eso es posible renacer, resucitar o como quieran llamarlo.

Desestructuración tan nuclear, que en los misterios eucarísticos del cristianismo, establecen con poca imaginación, correlatos en las imágenes de la *"ascensión del Señor"*. ¡Vaya paradoja!

Paradoja que excede con creces aquella de: *"hombres de Galilea, por qué miráis al cielo, si no es al cielo donde tenéis que mirar"*.

Acotaciones que espero no resulten a oídos piadosos ofensivas.

Escuché la primera, en situación en extremo oportuna, en boca de un sacerdote hablando desde el púlpito a una feligresía que imagino pudiera estar bastante desenterada de lo que el cura hablaba. Ese día al parecer, el sermón era sólo para mí.

La segunda paradoja, la de mirar, (después de resuscitado) para abajo, sin duda puede crear tantas confusiones, que por algún motivo las iglesias cristianas la han borrado de sus traducciones. La misma versión última de la Biblia de Jerusalem, también la ha borrado. Nadie se quiere complicar con los misterios. La mística pertenece a los abismos.

Por estos tonos y por estos relatos imagino comprenderán mis simpatías por estas criaturas, que siempre meten algo más que lástima. Una vez más repito, no los puedo imaginar habiendo vivido en inmediata cercanía a población alguna, al menos durante los años iniciales de su desarraigo.

Tal vez un día me de a escribir algo más de lo que ya he expresado respecto de las vivencias abismales que caben a estos desarrollos. Que primero te ascienden a donde nadie imagina y luego te dan a un descenso que nunca termina de armonizar sorpresas, siempre pródigas de entrañables atenciones.

Los marcos de austeridad, laboriosidad, espontaneidad, privacidad, y afectividad, son extraordinarios; y encubren por si solos, todos los milagros que a diario a estos seres en extrema soledad asisten.

De aquellos tiempos de vida contemplativa sólo ha quedado vago recuerdo: ahora cabe estar con temple activo.

Mi vida contemplativa conoció como ya he dicho, también loquero. Estando internado, mi madre le comentó a una monjita de clausura mi desgracia. Ésta le sugirió hablar con la madre superiora. Sin

jamás haber oído de mí, al terminar el oficio religioso, le comenta a mi madre que recién la conocía: *acabo de comulgar y vi a su hijo; y vi también ladrillos, ladrillos y más ladrillos*. Eso fue todo lo que dijo. Epifánica. Nunca había sostenido con mis manos un ladrillo y no he cesado desde entonces, con ellos, de inscribir espontáneo mis afectos: mis cantos rodados testimoniales. Tantas cosas raras, pudieran tal vez caber, muriendo en vida y resucitando en entrañable abismo.



*Caserío de mi factura en Del Viso*

*Ya en Bizkaia*

Un día de Mayo del 2000 me entero por el secretario de la Euskalzaindia, Mikel Gorrochategi Nieto, que un par de caseríos, un día cuna de mis ancestros, estaban en pie; también siendo restaurados. Me facilita su localización.

Había advertido en los archivos eclesiásticos microfilmados por los gentiles mormones, que mi familia era originaria de Arratia; más precisamente de Dima. Pero nada más.

Ahora esta sorpresa me levantó en ánimos tales, que a las dos horas tenía asegurado el ticket del avión y a la noche siguiente estaba atravesando el océano.

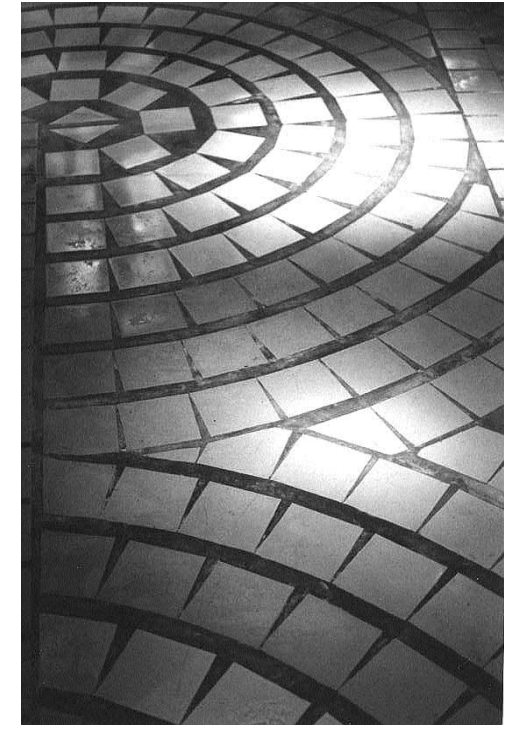


*Solado del eremita*

Había pasado 40 años sin tocar el suelo vasco.

El 21 de Mayo me sorprendió en el alto Oba. Y a poco, en días sucesivos recorrí a pie todos los caminos que van subiendo a Bikarregi, Artaun y Santa Lucía en Igorre.

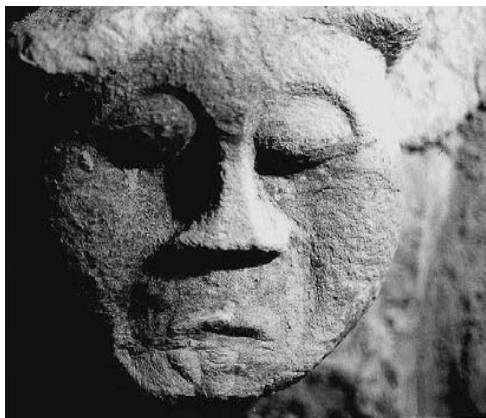
La ermita de Santa Águeda, centro de la Cofradía de Bikarregi, a la que habían pertenecido todas mis he-



*Correlatos de espíritu a 12.000 km*

bras familiares de los Eitzaga y los Amorrortu, estaba cerrada. Pero quiso mi buena suerte por esos días darme a conocer a Kepa, quien por ser vecino estaba a cargo de ella.

Como etnógrafo se había ocupado de estudiar esta ermita y hasta logró descubrir, pincel en mano, un piso maravilloso, conformado con pequeños cantos rodados que cubrían las áreas del atrio.



*El pequeño capitel del niño*

Cuando nos encontramos aquel día en el bar de Ugarana presentado por otros amigos, pronto recalamos en casualidades que me abrirían las puertas de la ermita y facilitarían electricidad para iluminar aquellos capiteles que remataban las cuatro columnitas que sostenían los arcos cruceros.

Ya me había sugerido Kepa que les prestara atención, pues siempre había sentido encontrar en ellos una nota de dolor muy personal; mucho más que lo propio de una iconografía religiosa.

Algo los unía en fuerte identidad. En Kepa era sospecha.

En mí fue como si viera el retrato concentrado más doloroso de mi vida.



*El de la anciana*

Ya he relatado en otros escritos aspectos que tocaban sufrimientos. Pero en ellos nunca hablé de un niño que con mi señora poco antes de nacer habíamos perdido. Esa pérdida fue un punto crucial para nuestro matrimonio. Algo en mí se llenó de perdurable gravedad. También en ella.

Reflejaban estos cuatro capiteles los rostros tallados por un hombre, que sin ser artesano ni artista, estaba por su profunda instalación, llamado a serlo.

Las cuatro obras recogen dolor monumental, que no necesitaba virtuosismos para ser expresado.

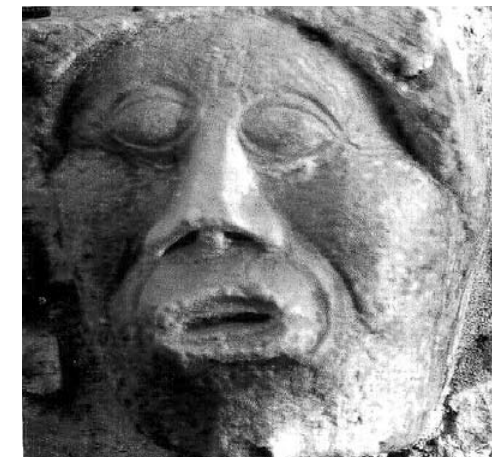


*El capitel de la esposa del eremita*

Por el contrario, fueron aflorando con sentida sencillez; y así es como alcanzaron su más hondo logro. Si tales imágenes pertenecieran a santos, ya se habría detenido el pobre Eremita a cosechar virtudes plásticas para su factura. Pero en éstos se advierten tripas. No virtudes.

El gesto es tremendamente hondo, preciso; no hay titubeos; hay dolor; hay muerte; enojo; alelamiento. Sobran las palabras cuando uno ve sus rostros. Éstas me brotan solas, para referir de ellos.

El pequeño capitel del niño con los ojos cerrados, muerto, tiene tal hondura y dolor, que jamás podría referir a nacimiento alguno.



*El rostro del eremita*

El de la anciana, con su rostro aplastado y sus ojos también cerrados, no sólo es igual en su señal de muerte, sino que aun más, mete miedo. Alguna vivencia profunda traduce el Eremita en esta imagen, que excede su contexto existencial.

El de la mujer joven con los ojos abiertos tiene su entrecejo cargado de enojo.

Y el del hombre joven, de alelamiento.

Éste, el eremita.

Estos cuatro rostros enlazan un drama que habla de una familia concreta. De una situación humana que catapultó a una criatura humana a una soledad de humilladero.



*El perfil del eremita*

Así puedo entender estos destinos que superan el marco de cualquier vocación. Ésto no responde a vocación alguna. Sino a descalabro y dolor infinito.

Dolor que se multiplica en tres de las figuras; pues hasta el niño acusa dolor. El hombre, repito, sostiene alelamiento; indicio de tremenda desestructuración.

Ésto no es un Belén ni cosa que se le parezca. Pero merece mi mayor respeto y acuso mi mayor dolor.



*El perfil de la anciana*

Darme a fotografiar estas imágenes fue tarea penosa e inevitable. Se me partía el alma.

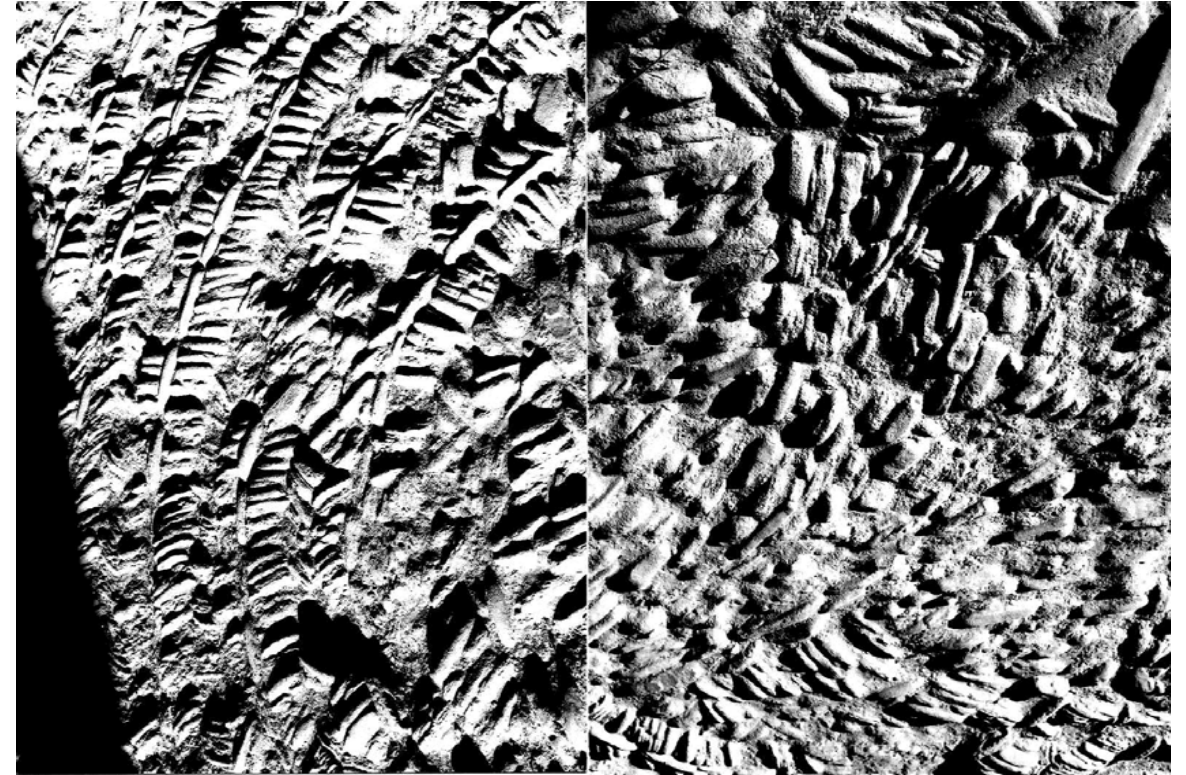
Y no puedo menos que pedir disculpas por mostrar este dolor y estas imágenes.

Pero si tengo que hablar del Eremita de mi sangre, no puedo abreviarles patenciar ésto que siento.

Este lugar se sostiene gracias a Kepa y sus vecinos.

Ellos restauran y vigilan.

Pero en primer grado lo sostiene el Eremita, desde el capital de su difícilísima gracia.



*Por abstractos, no menos sublima-*

dos relatos, de hondura medular

Que la bondad del Padre alcanza a todos. También a él. Y a todos los que por un gran misterio de amor fueron convocados durante siglos a vivir en el marco de su cercanía.

Alcanzando a descender de tan tremenda cumbre de dolor se acerca al valle donde amasó un destino que parece interminable.

Siento que aun hoy está allí, como está aquí, acompañando nuestros esfuerzos.

*dos relatos, de hondura medular*

Y cuando digo: está aquí, me refiero concretamente a mi lugar, a miles de kilómetros en el otro lado del océano.

Kepa, se tomó en el atrio, un trabajo de monumental paciencia.

Descubriendo un piso que me dejó asombrado; y que por ello, repito, estoy escribiendo:

*aquí~de allí;  
y allí~ de aquí.*



*Ya en Del Viso,  
Provincia de Buenos Aires,*

Diez años atrás, encontrándome sumido en dolor y pobreza, hube de dedicar dos meses y medio a una tarea que no debía haber tomado más de cuatro días.

Pero como mi pobreza y tristeza no daban para más, me ocuparon de rodillas en el suelo, 70 días. Que a pesar de ello pasaron con ánimo muy apropiado.

El resultado fue el piso de un lugar al que llamo "Al establo", en medio de una enorme construcción de aproximadas 500 toneladas, que luego tardaría siete años de mi vida en encender. Y aplico esta palabra porque siento esta obra, luminosa.

Un hermoso caserío cargado de entrañas vascas; y también celtas. No puedo dejar de mencionar que tengo de mi madre sangre gallega. También catalana.

El espíritu celta aparece reflejado en



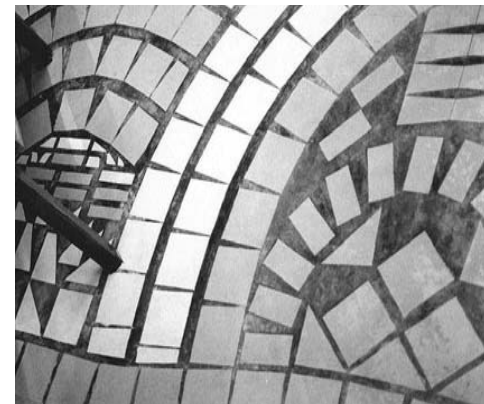
la enorme curvatura de la fachada, sobre la que en adición he desplegado una Ikurriña de 120 m2.

Pero volvamos al piso del establo. Mis jornadas pasaron inconcientes del trabajo que gestaba. Ni sospecha tenía de estar estructurando un relato de los años de mi vida matrimonial, la locura y los años que siguieron.

Terminado, aquello era más hermético que un pozo con salida a la China.

Hasta que un día apareció Odell, la señora amiga que había hecho aquella obra que el banquero calificó de "viva"; y estando frente al director del Museo de Arte Moderno y el galerista más antiguo de la Argentina, dos personas mayores y cultas, se dió, sin decir agua vá, a leer aquel piso.

Nunca terminaré de caer de esta



sorpresa. Porque ni anticipo de tales vivencias había expresado a ésta, ni a persona alguna.

Aquí se dió extraña reunión; y en adición una lectura que no pudo ser más entrañable.

¡Leer los contenidos de un piso, con patenciación radical!

Aconteció hace ocho años.

Pero no habría sino hasta el encuentro con el Eremita de mi sangre, de recoger en Santa Águeda, las evidencias de su fuente oculta. Alentando memoria, identidad familiar, esfuerzo y sufrimiento que lo inspiraron.

La matriz simbolizadora es de la misma impronta.

En ambas por momentos se advierte un exceso de intelectualización; pero la actitud general fluye en ambas pareja.

La carga patencial es inusitada para piso alguno. Asistiendo a suscitar profundos indecibles.

Recuerdo los pisos de Giovanni Pisano en la Catedral de Siena. Aquello es bellissimo. Pero no es relato, ni patencia historia.

Esto no apunta a belleza, sino a mimetizar elevación de esfuerzos.

Materia prima de toda Historia.

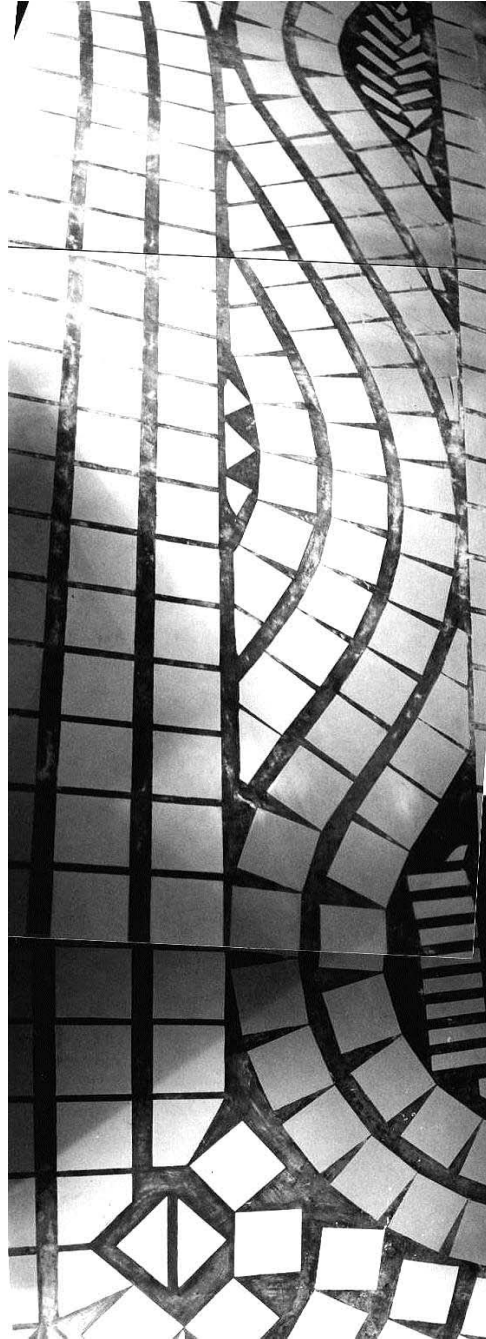
Haberme regalado este viaje al País Vasco, tanta carga de alegrías; de carácter; de identidades; no alcanzaría sumado todo ello si fuera sumable, para cubrir la montaña de gracias que me descubrió la ermita de Bikarregi y quien fuera su entrañable Eremita.

Cuidando aun hoy, el cáliz sagrado de cada una de las vidas que se enhebra en cercanas heredades afectiva.

*Bendita condición humana.*

*Bendita condición divina.*

*Amasadas tántas a contener dolor desde reflejos de una misma vida.*



*Terruños*

*Ámbitos atesoradores de todo amor, toda memoria, todo esfuerzo y toda cultura*



La declaración quizás más profunda y hermosa que jamás se haya hecho sobre las tierras entrañables, y todas, depositando nuestra vida lo son, fue hecha hace 146 años por un aborígen que habitaba las tierras del Noroeste americano, hoy, estado de Washington.

Este hombre entrañable, que no duda en llamarse "*salvaje*", es el jefe Seattle de la tribu Swamish.

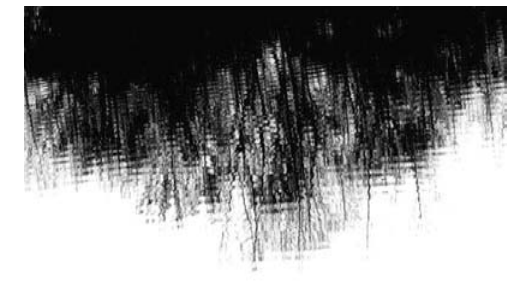
En tramos de una carta dirigida al presidente Franklin Pierce escribe:

*El Gran Jefe de Washington manda decir que desea comprar nuestras tierras.*

*También nos envía palabras de amistad y buena voluntad.*

*Apreciamos esta gentileza porque sabemos qué poca falta le hace, en cambio, nuestra amistad.*

*...mis palabras son inmutables como las estrellas.*



*¿Cómo podéis comprar o vender el cielo, el calor de la tierra?*

*Esta idea nos parece extraña.*

*No somos dueños de la frescura del aire, ni del centelleo del agua.*

*...lo decimos oportunamente.*

*Habéis de saber que cada partícula de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada hoja resplandeciente, cada playa arenosa, cada neblina en el oscuro bosque, cada claro y cada insecto con su zumbido son sagrados en la memoria y la experiencia de mi pueblo.*

*La savia que circula en los árboles porta las memorias del hombre de piel roja.*

*...El agua centellante que corre por los ríos y esteros no es meramente agua, sino la sangre de nuestros antepasados.*

*..El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.*

*... El suelo bajo mis pies, ceniza de mis abuelos.*

Y así sigue su carta, atesorando sentimientos, cuyas vivencias están a la vista. Sus tierras son hoy las más preservadas de los EEUU.



Este hombre habrá retenido descalabros en la soledad de su memoria para expresarse así; haciendo sentir, respetar y valorar los arquetipos propios de su lugar; actuando en consecuencia.

Tales sentimientos no afloran del limitado marco de una conciencia simplemente "normal".

Su mirada tan profunda viene asistida de otras fuentes de vida.

Y pareciera ser el terruño, el ámbito que hace patente sostener natural esa mirada.

Celebratoria de esfuerzos que van sumando armonías.

Haciendo posible, que superposiciones de tumbas y secretas memorias regalen en naturaleza, el capital de gracias de una cultura heredada de la dulzura; hoy endurecido cristal de infinitos sacrificios.

Cuyo acceso es natural por el sólo haber nacido. Aunque la conciencia accede a él, sólo después de haber muchas pérdidas sufrido.

En las más grandes desestructuraciones se forjan en soledad, de muy antiguos capitales de gracias, cadenas de eslabones de resurrección, que alcanzan a cubrir océanos de dolor y pérdidas de identidad.

Para regalar suertes a los trabajos afectivos; apurando suertes de memoria. Sin ser concientes de ello, hasta no haber cada una de sus obras concluído.

Esta tarea no se desarrolla, repito, en planos críticos de la razón y su diseño.

Toda ella es eurística, alimentada desde una fuente por años ignorada; de identidad que excede lo que entendemos por personal.

Excediendo incluso lo que llamamos espiritual.

Aunque, gracias al ánimo que regala el espíritu, vamos al encuentro de ella.

Fuente, arca acumuladora de todas las hebras de sacrificio que la cadena de afectos humanos, en divino capital de gracias atesora.



Amor que bebe de esta fuente de cristal antiguo tan precioso y a través de su dulzura, su sensibilidad trasmite y creatividad regala en afectividad en obras.

Milenarios procesos que llevan la amargura de las heridas a transformarse lentísimamente en pequeños cristales de azúcar.

A ésto apura lenta la soledad.

Arca del amor, de todo sedimentado sacrificio.

Acumulando y conteniendo.

Alcanzando con los siglos a transformarse en el más duro de los cristales.

Piedra preciosa, pedacito de ese cristal encantado que se nos regala a través del amor con la felicidad de su ánimo, en cada obra privada, afectuosa y espontánea; llenando terruño, naturaleza e identidad.

Y así revelando.



También ella, nuestra piedra preciosa, conoce soledad.

No son pocas las hebras de los espíritus que bordan en el matraz del eremita.

*Francisco Javier  
de Eitzaga Amorrortu*



No sólo en el alma quedan sellados los sufrimientos. También sellados permanecen en la materia. Por ésto la materia puede alcanzar con extrema sencillez dimensión mimética. Ya hemos reiterado esta viva potencialidad en los terruños.

*Al ver esta simple reproducción, y sin previa lectura del relato, una madre de origen suizo, me expresó: ¡ Esto es un Guernica!*

*Luego con más serenidad añadió: “ésta es una Maxi-cicratiz”.*



*Redacté estos textos en la semana del 12 al 17 de Noviembre del año 2001; y ese mismo fin de semana imprimí, empleando caracteres del antiguo impresor William Caxton, Padre de incunables.*